

LOS SABIOS CONSEJOS DEL SEÑOR KISSINGER

El señor Kissinger ha mostrado en Nairobi, ante los delegados de la Conferencia de las Naciones Unidas para el Comercio y Desarrollo, su preocupación hacia los países del Tercer Mundo. Pero la preocupación del señor Kissinger no parece ser tanto por la creciente mala distribución de las riquezas, fenómeno que no sólo se presenta entre naciones ricas y pobres, sino también en el interior de estas últimas, cuanto por el hecho de que los países más pobres estén pensando, y algunos ya lo hayan puesto en práctica, unirse en bloques de intereses para defender con presiones económicas su participación en el reparto mundial de la riqueza.

Según los informes de la prensa diaria, el señor Kissinger habría dicho: "Todo intento por ejercer poderío económico en bloques sólo repercutirá en detrimento de aquellos que lo intenten".

Estas palabras nos suenan a otras ya viejas y conocidas. Los patronos siempre se han opuesto a que los siervos, empleados y obreros se unan para defender sus derechos. Desde que comenzó el movimiento sindical en Inglaterra, hemos estado oyendo a aquellos que detentaban el poder económico la misma cantinela: que las cosas están mejor como están, que la "indebida" presión de "los de abajo" sólo traería malas consecuencias para ellos mismos, que con presiones y lucha (de clases) no se consigue nada, etc., etc. Es asombroso el parecido entre la argumentación de los oponentes a la sindicalización (por ejemplo, a la de los campesinos en El Salvador) y la argumentación del señor Kissinger para evitar la unión de los países más necesitados.

Sin embargo, el señor Kissinger sabe que estas uniones son eficaces para cambiar de alguna manera, aunque no sea radicalmente, el reparto de los beneficios económicos entre naciones, como lo ha sido históricamente para mejorar las condiciones de trabajo y vida de las clases trabajadoras en los países industrializados.

La efectividad de estos bloques de países menos favorecidos para mejorar en su favor el reparto de la riqueza mundial, tal como ahora se da, se basa en el hecho de que este reparto no sigue unas leyes objetivas o "naturales" que trascenderían la voluntad de los individuos y gobiernos; esto es un mito, y un mito muy útil para los países ricos. El reparto, por el contrario, es fruto del ejercicio del poder; poder de todo tipo, desde el poder sutil y encubierto de los financieros, hasta el poder bruto y visible de las tropas colonizadoras. En un mundo cuya organización económica (división internacional del trabajo) es la herencia de una organización política colonial o imperialista, y se encuentra dominada por los grandes monopolios internacionales, siempre dispuestos a hacer frente común contra quienes amenazan su control de los mercados, no se puede pretender una mejor distribución internacional de la riqueza sin emplear efectivamente algún tipo de poder. Así fue con la clase obrera en las economías nacionales, y así tendrá que ser con los países proletarios en la economía internacional. Las reglas de este juego no las inventamos nosotros, los dominados; las aprendimos de ellos, los dominadores, después de varios siglos de haber sido manejados como peones en el ajedrez del comercio internacional.





Agradecemos el sabio consejo del señor Kissinger de que "los países subdesarrollados deben comprender que son dependientes de un floreciente sistema económico mundial y que los intentos por manejar el poderío económico del mundo en forma de bloque perjudicarían a todos" (*La Prensa Gráfica*, miércoles, 5 de mayo de 1976, pág. 79).

Agradecemos, en primer lugar, que nos recuerde, aunque no tengamos peligro alguno de olvidarlo, que somos dependientes y que se nos considera y trata como tales. Un recordatorio tan tajante y autoritario nos motiva más y más para luchar, en cuanto se pueda, para aminorar esa dependencia.

Agradecemos, también, que reconozca que en ese "floreciente sistema económico mundial" se maneja un "poderío económico", cosa que sabemos por experiencia, y que no está organizado según leyes objetivas e inmutables. No menos es de agradecer que hable tan claro y que ponga el problema que le preocupa donde realmente está: no en la interferencia con unos supuestos mecanismos automáticos, que el señor Kissinger sabe muy bien que no funcionan, sino en la posible pérdida del poderío económico que hoy detenta su país y otros países aliados (aliados económicamente, no necesariamente de la misma ideología).

En cuanto a lo "floreciente" del sistema económico mundial, debemos formular nuestras serias dudas. Es claro que desde la perspectiva de abundancia del señor Kissinger las cosas han de parecer "florecientes". Pero desde la perspectiva de las grandes mayorías de los países pobres, que totalizan dos tercios de toda la humanidad, el sistema económico no puede ser más "marchito"; ellas no recogen más que muerte prematura, malnutrición, enfermedad, desempleo, degeneración moral, incultura y todas las otras lacras que se pueden citar. Decir a tantos millones de hombres, verdaderos "condenados de la tierra", que el actual sistema económico mundial es floreciente, constituye un inaceptable sarcasmo, si no un insulto.

Desde el punto de vista de los países pobres que, por desgracia, no es siempre el de sus gobiernos (a menudo, tan poco representativos), la formación de bloques económicos puede traer ventajas. Claro está que esas ventajas sólo serán reales para los pueblos en la medida en que **los beneficios logrados se distribuyan equitativamente entre toda la población**. En caso contrario, las grandes masas oprimidas de la humanidad seguirán tan mal con bloques como sin bloques, y entonces la lucha por conseguir más poder en la economía internacional será una causa sin importancia real para la liberación de los oprimidos del Tercer Mundo.

El consejo o amenaza del señor Kissinger tiene un grano de verdad, que los países pobres no pasarán por alto en sus reivindicaciones. Hoy el poder económico real lo detentan los países ricos y no van a cederlo fácilmente. Por eso, hay que medir bien las fuerzas y calcular hasta dónde se puede llegar sin provocar una reacción desesperada de los poderosos que haga retroceder el planteamiento de la contienda a estadios de mayor irracionalidad. Por otra parte, hay leyes económicas, aunque no sean las solas determinantes, que no se pueden ignorar sistemáticamente y que, a largo plazo, se pueden volver contra los intereses permanentes de los países pobres.

Es necesario analizar las fuerzas económicas y políticas antes de lanzarse a la lucha. Pero a la lucha hay que lanzarse, porque el poder económico, como el de cualquier otro tipo, no se regala, sino que se conquista. Y eso lo sabe bien, demasiado bien el señor Kissinger.

